LA REVOLUCION DE LAS LANZAS

ABDON AROZTEGUY



LA REVOLUCION DE LAS LANZAS

ABDON AROZTEGUI

La batalla del Sauce*

El día 16 de diciembre de 1870, encontrándose los nacionalistas sitiando a Montevideo, esparcióse la noticia de que el General D. Gregorio Suárez, a marchas forzadas, se aproximaba a la capital con un numeroso ejército compuesto de las tres armas: el mismo ejército cuyos restos salvara en la batalla de Severino, y que descuidado por sus contrarios había reorganizado aquel jefe y reforzado en el norte del río Negro con todos los elementos dispersos que pudo reunir y con los que se le incorporaron de las fuerzas del General Caraballo, vencidas en Corralito. Se agregaba también, que en combinación con la guarnición sitiada pensaban encerrar y batir entre dos fuegos a las tropas revolucionarias.

El General Aparicio hacía dos o tres días que tenía conocimiento del pasaje de Suárez al sur del río Negro, y relativamente estaba tranquilo, porque creía concienzudamente que le sería sumamente fácil derrotarlo saliéndole al encuentro; volviendo después del triunfo con más seguridad a continuar el asedio de Montevideo.

Así fue que el día 16, habiendo resuelto levantar el sitio para ir a buscar al enemigo que podía atacarlo por la retaguardia, y siendo como las tres o cuatro de la tarde, hizo dar orden por el Estado Mayor General a todos los cuerpos en servicio y a los que estaban francos, de reconcentrarse sobre la línea inmediatamente que anocheciera, con todos sus pertrechos y bagajes.

Muchos, al recibir esta orden, pusieron en duda la aproximación de Suárez, creyendo que fuera una estratagema para engañar el enemigo, y que de lo que se trataba realmente, era de llevar el ataque a la plaza, tantas veces anunciado y deseado con entusiasmo por todos.

Pero una vez reconcentradas en orden de ataque todas las fuerzas sitiadoras sobre las trincheras enemigas, y a eso de las ocho de la noche, recibióse contraorden de marcha hacia la villa de la Unión; y así como la orden primera fue recibida con júbilo indescriptible, la contraorden se recibió con un desaliento inmenso por los cuerpos, pues entonces se disiparon completamente las esperanzas que se habían albergado en la creencia de que se había resuelto llevar el ataque serio a la plaza.

El Gobierno, que sin demostraciones bélicas de ninguna especie lo había esperado también, revivió parece al notar esta evolución contraria y empezó, recién entonces, a cañonear a los revolucionarios por la retaguardia; pero éstos sin preocuparse continuaron su marcha tranquilamente, pasando por la Unión, hasta llegar a Toledo, donde acamparon esa noche sin ninguna otra novedad.

¡Qué sorpresa y aflicción produjo esta retirada inesperada a las numerosas y distinguidas familias que se encontraban residiendo en la Unión desde el principio del sitio y que esperaban entusiasmadas la entrada triunfal de los nacionalistas a la capital de la República! ¡Qué despedidas más enternecedoras! ¡Cuántos abrazos y cuántas lágrimas se derramaron en aquella noche inolvidable! Hubo muchas personas que no se resignaron a quedar abandonadas según ellas, y siguieron en carruaje al ejército por varios días, siendo inmenso el desaliento y disgusto que produjo la marcha entre aquellas familias cuya suerte dependía del éxito de la revolución.

(*) Capítulo XI de "La Revolución Oriental de 1870", Tomo I, Buenos Aires. Editor Félix Lajouane, 1889.

El mismo día de la retirada de la Unión, embarcáronse para Buenos Aires los señores Federico Nin Reyes, Juan José Herrera, Carlos Ambrosio Lerena y otros amigos, con el propósito de trabajar desde allá por la causa nacionalista.

Los días 17, 18 y 19 caminaron constantemente los revolucionarios, aunque en marchas lentas y parándose a cada momento a causa de los muchos heridos que conducían; campando la noche del último día en el Solís Chico, en cuyo punto hubo de tomar una diligencia de D. Antonio Díaz, que hacía la carrera para Rocha, con el objeto de colocar con mayor comodidad algunos de aquellos heridos más graves, que no había suficientes carruajes para conducirlos.

El día 20 siguió marcha precipitadamente el ejército hacia el arroyo de Solís Grande, por haber tenido conocimiento por algunos bomberos tomados al enemigo y por sus propios bomberos, de que el enemigo se encontraba en aquel paraje. La vanguardia al mando del General Muniz, que marchaba adelante fue la primera que se avistó con la vanguardia del ejército de Suárez, mandada por el General Borges, que estaba campado al lado del paso real de dicho arroyo: el grueso del ejército se encontraba retirado como media legua del referido paso.

A todo galope se precipitó la vanguardia del General Muniz sobre los enemigos, pero éstos, que se componían de fuerzas ligeras, montan a caballo a medio ensillar y precipitadamente vadean el arroyo, dejando en el campamento infinidad de recados y armas, y las reses con cueros que acababan de carnear para comer. Una vez del otro lado del arroyo, se detiene Borges —y como el ejército de Suárez se aproximaba al paso, detiénese también sin avanzar el General Muniz hasta recibir órdenes del General en Jefe.

Una hora después, y siendo como las tres de la tarde, llega el General Aparicio con sus tropas a inmediaciones del mencionado paso real, donde tendió su línea de batalla imediatamente e hizo escopetear con la vanguardia al enemigo, que también había tendido línea del otro lado del arroyo y que sostenía decididamente, no sólo el paso real, sino también dos pasos más que existen en aquel punto. Pero llegando la noche enseguida y no pudiendo abrir operaciones por el momento debido a la posición de su contrario, retiróse el ejército revolucionario para elegir buen sitio y campar, como así lo hizo, próximo al paraje donde había tendido su línea, prometiéndose operar al día siguiente de una manera decisiva; dejando establecida una gran vigilancia sobre los puntos sostenidos por la gente de Suárez.

Al otro día, muy temprano, el ejército gubernista retrocedió como una legua yendo a ocupar una posición inexpugnable en las sierras de Minas, tendiendo su línea de batalla sobre la falda de los Cerros de Betel, quedando siempre su vanguardia defendiendo el paso real de Solís Grande. Pero los revolucionarios avanzaron audazmente sobre el mencionado paso real y consiguieron tomarlo vadeando el arroyo todo el ejército después que fue desocupado aquel punto por el General Borges, que se retiró, a trote y galope hasta incorporarse a los suyos.

En seguida avanzaron las tropas nacionalistas divididas en dos columnas paralelas, con el propósito firme de llevar el ataque al enemigo; pero al ver que era imposible hacerlo por las condiciones en que se había colocado, pues tenía a su frente unos cañadones barrancosos, inaccesibles para las caballerías, se mandó hacer alto por un momento, entrando luego a evolucionar amenazando cargas por los flancos y concitándolo al combate, disponiendo también hacerle algunos disparos de cañón sobre el costado izquierdo, todo

lo cual fue inútil, pues el ejército del Gobierno no se movió de sus posiciones y se conformó con desplegar algunas guerrillas a los costados y contestar con su artillería los fuegos que se le hacían.

En vista de esto, y prestándose admirablemente el terreno por su posición topográfica para sitiar allí al General Suárez, así lo dispuso el General Aparicio, resolviendo tender su línea en este orden: al centro algunas caballerías, la artillería y la infantería; al costado derecho las caballerías del General Benítez, un batallón de infantería y dos piezas de artillería, y al costado izquierdo las caballerías de los Generales Medina y Muniz; mandando además una fuerza de caballería e infantería para que se colocase a retaguardia del enemigo, en una abra o boquerón de la sierra, único punto por el cual éste, aunque con grandes dificultades, podría evadirse.

El día 22 por la mañana, teniendo conocimiento el General Aparicio que Suárez iba a recibir por la vía marítima un refuerzo de gente que le enviaba el gobierno de Montevideo, mandó al General Muniz con su vanguardia y el batallón de Estomba para que tratase de impedir el desembarque de esas fuerzas, el cual se intentó verificar por el puerto del Inglés, en las costas del Océano Atlántico que bañan las riberas del departamento de Maldonado.

Este refuerzo se embarcó en Montevideo el día 20 en los vapores *Coquimbo, Oriental, Rayo* y *Montevideo,* y se componía de los batallones 1º de Cazadores, Urbano, 24 de Abril y la compañía de Steffanelli y de un escuadrón de caballería, llevando consigo municiones, armas y vestuarios. El jefe de la expedición era el bravo Coronel Pagola, y su plan primero era desembarcar en el puerto de Maldonado, en la creencia de que Suárez dominaba aquella zona, pero cambió de opinión al tener conocimiento que los revolucionarios lo habían encerrado en las sierras de Minas, resolviendo entonces hacerlo por el puerto del Inglés, que queda más próximo a las mencionadas sierras.

Pero con tanta rapidez y acierto procedió el General Muniz, que no se animaron a desembarcar los expedicionarios, no obstante haber intentado hacerlo guerrillándose breves momentos con los revolucionarios; concluyendo al fin por retirarse y regresar a Montevideo sin realizar la operación que proyectaban.

Todo el día 22, conservándose los dos ejércitos en sus mismas posiciones, sin animarse el General Suárez a avanzar ni poder retirarse por la retaguardia, y sin poder atacar ni pensar en ello, el ejército revolucionario; no ocurriendo otras novedades por ambas partes que pequeñas guerrillas en que se hicieron mutuamente algunos muertos y heridos.

Todo inducía a creer que las cosas continuarían en este estado hasta que Suárez no tuviese más remedio que capitular; pero a la noche cambió completamente de aspecto la situación, evadiéndose con pertrechos y bagages todo el ejército sitiado, de la manera más inusitada, sin forzar las líneas y no encontrando más que una débil resistencia, porque apenas se hizo sentir al practicar su movimiento de retirada.

Es verdad que la línea de los revolucionarios se había debilitado algo, particularmente por el costado izquierdo por donde escapó el enemigo debido al envío de las fuerzas a las costa de Maldonado, y que esta circunstancia, como se demuestra en las dos cartas y dos partes oficiales de Suárez que publicamos más adelante, fue lo que éste tuvo en vista para llevar a cabo su audaz empresa; pero como quiera que sea preciso es reconocer que hubo una indolencia y un abandono completo por parte del General Aparicio en la consumación de este hecho, y que si no hubiera sido por su excesiva confianza, que tan fatal fue siempre para la revolución

del 70, jamás lo hubiera realizado su enemigo, pues no obstante las seguridades de que hace alarde en los documentos referidos, la revolución contaba todavía con fuerzas y elementos de sobra para haberlo rechazado.

Si no hubiera sido así, a pesar de las recomendaciones que dice el General Suárez tenía del Presidente de la República para no comprometer una batalla sin haber recibido los refuerzos que esperaba, la hubiera librado seguramente, como eran sus más ardientes deseos, antes que ir a encerrarse de *motu propio* en un punto de donde sólo la gran suerte y la ciega confianza del adversario lo pudo haber sacado ileso.

Este hecho desgraciado, que había de ser aciago a la causa nacionalista, carece de disculpa ni atenuación bastante para salvar la responsabilidad del jefe sitiador, cuyo descuido, negligencia o como quiera llamarse, no sólo le impidió el haberse apoderado del ejército de Suárez en el cual había entrado la desmoralización, sino que permitiéndole a éste sacar intactas sus fuerzas, que nadie persiguió, pudo acercarse a Montevideo, recibir refuerzos de todo género y librar luego con inmensas ventajas de su parte el combate del Sauce que dio por tierra con los triunfos que hasta entonces había obtenido la revolución.

Serían las 10 u 11 de la noche. El General Suárez pone en movimiento todas sus tropas, haciendo marchar el grueso de ellas sobre el costado izquierdo de Aparicio, por la falda misma de las sierras. Al mismo tiempo manda algunas ligeras divisiones de caballería a llamar la atención sobre el costado derecho y un extremo del centro del ejército sitiador, en cuyos puntos se produce un fuerte tiroteo con las avanzadas de los revolucionarios.

Creyeron éstos en el primer momento que se trataba de alguna sorpresa a sus guardias avanzadas, lo cual se había intentado por el mismo costado en la noche anterior, así fue que no se le dio gran importancia a la operación y volvió en seguida la tranquilidad a los ánimos un momento alterados.

Mientras tanto el General Suárez avanzaba y seguía avanzando sin dificultad hasta encontrarse con el extremo del costado izquierdo de la línea de los sitiadores y entonces las caballerías que había desprendido cesaban de hacer fuego y corrían a todo galope a buscar la incorporación del ejército gubernista, como lo verificaron sin tropiezo.

Al llegar a la extremidad izquierda de las fuerzas de Aparicio, fueron descubiertos por el escuadrón del Coronel Pintos Baes, que estaba de servicio, el cual los hostilizó vivamente rompiendo un nutrido fuego y enviando un chasque a su jefe el General Medina, avisándole lo que ocurría, cuya noticia elevó éste inmediatamente a conocimiento del General en jefe.

Y Suárez continuaba marchando hasta trasponer completamente las líneas y los fuegos se apagaban completamente, llegando los chasques al cuartel General trayendo la noticia primero "que el enemigo intentaba escaparse", después "que se escapaba", y, por último, "que se había escapado".

Mientras tanto, ¿qué había hecho, qué hacía el General Aparicio? ¿Qué era lo que opinaba, qué contestación daba a estas comunicaciones? Nada hizo; parece imposible, pero ninguna disposición tomó, y, según dicen, no quiso creer tampoco en aquellos partes, diciendo *que era el miedo que los hacía ver visiones.*

Esta extraña conducta, como no podía ser por menos, produjo en sus filas un gran descontento: máxime cuando acababa de levantarse el sitio de Montevideo por una imprevisión análoga, y también por las mismas imprevisiones, hijas todas de una confianza exa-

gerada, no se habían aprovechado, como debieron aprovecharse, los espléndidos triunfos de Severino y Corralito. Al otro día, cuando todos se convencieron de la evasión de Suárez, el disgusto y la tristeza se veían marcadas en todos los semblantes.

Fue tal la sorpresa que produjo en todo el ejército la fuga del contrario, que muchos tuvieron la necesidad de palpar la realidad trasportándose hasta donde había estado su campamento. Debido a esta circunstancia y al estupor que le causó el hecho al mismo General Aparicio, y no, como dice el General Suárez, porque hubiera sufrido nada ese ejército en la noche anterior, en que apenas tendría dos o tres bajas en las guerrillas que hubieron; fue que recién empezó la persecución a las 9 de la mañana, saliendo de vanguardia la división de Ferrer y el escuadrón del Comandante Gervasio Burgueño, que emprendieron la marcha al trote y galope siguiendo el rastro de los enemigos, tomando en el camino una infinidad de infantes italianos enganchados que quedaban rezagados y varias carretas que habían abandonado aquéllos en su precipitada fuga, llegando hasta el pueblo de Pando, donde guerrillaron a una partida que se encontraba en las orillas del pueblo y que huyó al aproximarse las fuerzas nacionalistas, dejando en el campo un Capitán y un soldado muertos. El ejército marchó también todo el día a paso largo y trote, alcanzando casi al anochecer a la costa de Pando, en cuyo paraje resolvió acampar para dar descanso a la gente y entrar en operaciones al día siguiente sobre el ejército de Suárez, que había llegado esa tarde y estaba acampado tranquilamente en el circo de Maroñas, a una legua de Montevideo.

El día 24 mantuviéronse los dos ejércitos más o menos en las mismas posiciones; guerrillándose únicamente sus vanguardias por la altura de Toledo y recibiendo ambos incorporaciones y refuerzos.

Al revolucionario se le incorporaron las fuerzas del General Muniz que volvían de haber cumplido su comisión en Maldonado, y otras divisiones que andaban licenciadas por sus departamentos y habían recibido orden en esos días de incorporarse al ejército inmediatamente. Y el ejército gubernista recibió en su campamento de Maroñas el refuerzo tan esperado de la expedición que intentara desembarcar por el puerto del Inglés, y otras fuerzas más, consistiendo todo en 800 infantes, 500 caballos y 2 piezas de artillería.

Véase cómo apreciaba *El Siglo* la venida del ejército de Suárez a las puertas de Montevideo; apreciaciones que corroboran lo que hemos dicho en el capítulo anterior respecto a las dudas que se tenían de la existencia del referido ejército y el desaliento en que se encontraban las fuerzas de Batlle en la capital. El artículo es del Dr. D. José Pedro Ramírez.

DOS FASES DE LA RETIRADA DE NUESTRO EJERCITO

"El ejército ha venido a Maroñas y está acampado en el circo de las carreras Nacionales.

"Este hecho tiene dos significados.

"Es favorable y es una victoria, en cuanto ha venido a demostrar que existía un ejército en campaña compuesto de más de 3.000 hombres, y fuerte por su organización personal y militar, cosa que no se creía por el enemigo, y que se dudaba hasta por nuestros mismos correligionarios.

"Quien dude de lo que decimos, puede dar un paseo hasta el Circo y quedará convencido.

"Por otra parte, ese ejército reconcentrado a la Capital, aleja la posibilidad de un sitio, y con mucha más razón, de un triunfo decisivo por parte del enemigo.

"En este país, dados sus elementos de población y de riqueza, no hay medio de hacer triunfar un movimiento revolucionario por popular que sea, contra el más desprestigiado de los gobiernos, desde que el espíritu de partido agrupe a su alrededor diez o doce mil hombres de fuerzas regulares, bien armados, bien pagos y vestidos.

"En este sentido, la aproximación del ejército a la capital es un hecho halagüeño que puede tener gran importancia para fijar las opiniones vacilantes, robustecer la confianza pública y desalentar al enemigo.

"Pero no sucede lo mismo si se toma en consideración, que esos mismos resultados se habrían obtenido sin los inconvenientes que enseguida apuntaremos, si el ejército no hubiera pasado la línea de Pando, donde pudo hacerse fuerte durante las horas que serían necesarias para llevar hasta aquel punto los refuerzos que se habían pedido.

"Nadie se explica por qué el ejército ha venido hasta Maroñas, forzando una marcha demasiado violenta, cuando el ejército venía falto de sueño, postrado de cansancio, y habría preferido contener a balazos al enemigo si se hubiera aproximado, a continuar aquella marcha violentísima.

"Según los datos que hemos tomado del propio campamento de Maroñas, el enemigo no ha presentado en línea de batalla más de 3.500 hombres, y de esos había separado 800 ó 1.000 que envió al puerto del Inglés para impedir el desembarque de los batallones que debían incorporarse por aquel punto.

"Debía suponerse, pues, que no venía todo el ejército enemigo, y aún cuando viniese, en posiciones convenientes podía esperársele y contenerlo como lo hizo en los cerros de Betel. Tanto mejor si el enemigo se presentaba, porque entonces una vez recibido los refuerzos, se le podía obligar a dar batalla.

"En su lugar, se ha venido hasta Maroñas, acabando de postrar las caballadas, dando lugar para que el enemigo explote ese hecho en su favor, y ocupando un campo que dejaron asolado los enemigos durante su permanencia en el sitio de esta plaza.

"Conceptuamos, pues, un grave error el que se ha cometido, y creemos que debe subsanarse en lo que es posible todavía, haciendo que ese ejército se mueva sin pérdida de tiempo y tome altura donde haya buenos pastos y aguadas para abrir en seguida operaciones activas y eficaces sobre el enemigo.

"Una vez más en este caso, nos hacemos eco de versiones populares que el simple buen sentido indica y que una recta observación confirma, sin pretender, por eso, convertirnos en mariscales, como vulgarmente se dice.

"En la guerra como en todas materias, hay cosas que están al alcance de todo el mundo aunque no se tengan conocimientos especiales; y el hecho de la retirada del ejército hasta Maroñas se encuentra en ese caso.

"Persuadidos de que la censura justa y moderada, aun tratándose de operaciones de guerra, produce saludables resultados, no podemos menos que consagrar estas observaciones a un hecho que ha merecido general reprobación".

Léanse ahora las cartas y partes que hemos ofrecido; en las cuales como se verá, a pesar de darse más triunfos y augurarse otros, se contradicen en los hechos, consignando así la veracidad de nuestro relato:

PRIMERA CARTA

"Señor D. José P. Ramírez.

"Estimado compatriota y amigo:

"Llegado del ejército en comisión, y siendo mi permanencia muy corta, me es imposible tener el placer de hacerle una visita en nombre de su hermano Carlos María, quien me pidió lo noticiase de la buena salud de él, Octavio y D. Julio.

"Confiado en su indulgencia, creo que me perdonará esta falta, que compensaré trasmitiéndole las últimas noticias del ejército. Desde

ayer a la tarde nuestra vanguardia se escopeteaba con la del enemigo, que seguido del grueso de su ejército, desde las tres de la tarde permanecía tendido en batalla del otro lado del arroyo Solís Grande.

"Hasta mi salida de ayer (5 de la tarde) nuestra vanguardia compuesta de 1.200 hombres de bien dispuesta caballería y el batallón «Sosa» sostenía bizarramente su puesto sin que al enemigo le fuera dado avanzar sobre el paso real de Solís, y dos más adyacentes que existen al frente de nuestra línea. El General Suárez me encargó asegurar al Gobierno que defendería aquella posición hasta la incorporación del contingente que en estos momentos se embarca para tomar parte en la batalla que irremediablemente tendrá lugar mañana o pasado.

"Con las fuerzas que mañana quedarán agregadas al ejército, su número pasará de 4.000 hombres.

"El espíritu de nuestro ejército es inmejorable, entusiasta y lleno de decisión. Podemos todos confiar en el buen éxito de la batalla.

"Nuestra artillería es poderosa y bien servida. Puedo garantirle que maniobrará con éxito en el campo de batalla, pues todo el ejército confía en el efecto de los 12 cañones que la componen.

"Concluyo doctor por anunciarle que muy pronto tendrá buenas noticias de nosotros, pues todo nos asegura un espléndido triunfo.

"Lo saluda su compatriota y amigo.

Enrique Pereda".

Diciembre 21 de 1870.

PARTE OFICIAL

"Campamento al pie de los Cerros de Betel, Diciembre de 1870.

"Exmo. Sr. Ministro de Guerra y Marina, Coronel D. Trifón Ordóñez.

Sr. Ministro:

"Tuve el honor de recibir la carta de V.E. fecha 20 del corriente y por ella conocimiento del desencuentro acaecido en la operación que debió hacerse por el puerto de Maldonado. Más tarde y con más calma explicaré a V.E. las causas que obstaron a ello.

"Desgraciadamente no pudo tampoco realizarse aquella operación por el puerto del Inglés, tengo parte que los vapores han llegado, pero me ha sido imposibel ir a proteger el desembarque de las infanterías, porque el enemigo se ha interpuesto entre el ejército y el puerto.

"Debiendo garantir el éxito de una batalla, creí más conveniente venir ayer a ocupar una brillante posición al pie de los Cerros de Betel, formando una línea circular inexpugnable. El enemigo avanzó entonces con todo el aparato de un ataque decisivo, pero se detuvo ante la seguridad de la derrota, reduciéndose a correr sus fuerzas de uno a otro costado, para tratar de hacerme mover la línea y flanquearme enseguida.

"En el día de ayer se hicieron de parte a parte muchos disparos de cañón, obligando nuestros fuegos a callar los del enemigo. Las guerrillas de infantería han sido continuas ayer y hoy, pero sin resultado de importancia.

"Hoy por la mañana el enemigo empezó a correr sus fuerzas sobre nuestra izquierda, y enseguida desprendió hacia el puerto del Inglés una columna de 1.000 hombres; el resto de su ejército ha quedado a nuestro frente, pero en posiciones ventajosas.

"Decidido a no aventurar una batalla sin la seguridad del triunfo, como lo ha recomendado S.E. el señor Presidente de la República, no he querido llevar el ataque y comprometer el combate; pero aprovecho el debilitamiento de la línea enemiga para efectuar en la noche una operación que me pondrá en contacto con la capital.

"Seré feliz en ello, y puede ordenar V.E. que vuelvan los vapores.

"Al aproximarme no descuidaré mandar aviso a V.E. Ahora sólo me resta agregar que la decisión y el entusiasmo del ejército han justificado mis esfuerzos.

"Dios guarde a V.E. muchos años.

José G. Suárez".

SEGUNDA CARTA

"Sr. Dr. D. José P. Ramírez.

"Cerros de Betel, Diciembre 22 de 1870.

"Querido amigo:

"Quiero ser el primero en referir al Director de *El Siglo* para que lo trasmita por boletín a numerosos lectores, las operaciones de estos últimos días.

"El 20 el enemigo se redujo a avanzar hasta el paso real de Solís retirándose por la noche.

"En la mañana del 21 retrocedimos una legua y vinimos a ocupar la falda de los Cerros de Betel tomando una posición inexpugnable.

"A la espalda de la sierra que defendía también nuestra derecha y a la izquierda dos cañadas barrancosas, pedregosas, llenas de matorrales espinosos.

"A la retaguardia nos queda una abra donde echamos nuestras caballadas y por donde podemos recoger ganado.

"La vanguardia quedó defendiendo el paso y lo sostuvo hasta las 12, hora en que el enemigo avanzó en masa y con audacia.

"Entonces la vanguardia vino a ocupar la derecha.

"La compañía del batallón «Sosa», y las divisiones de Giménez, Llanes, Tabares, Milán e Irigoyen; en el centro bajo las órdenes de Suárez y Reyes, la artillería y los batallones «1º de G.G. N.N.», «Pacheco», «Urbano», «Paysandú», «1er. Plantel» y «San José» con la caballería de Tacuarembó y Durazno bajo las órdenes de Simón Martínez.

"A la izquierda bajo el mando de Coronado, el Batallón «Santa Rosa» y la Guardia Nacional del pueblo del Salto.

"Así que el enemigo vadeó el paso se dividió en dos columnas y venía simultáneamente amagando los dos flancos, pero se detuvo fuera de tiro de cañón, haciendo echar pie a tierra y encendiendo fuego para churrasquear. Poco después llevó sus cañones a nuestro costado izquierdo, aprovechando un cerco para encubrirse y empezó a hacernos fuego desde una población cercana oculta entre los árboles; nos tomaba mal y pudo causarnos daño, pero en 50 tiros sólo nos mató cuatro hombres.

"Rodríguez llevó dos piezas al costado izquierdo e hizo callar los fuegos enemigos. Coronado los hostilizaba con guerrillas de caballería e infantería. En estas andanzas se pasó una hora y media.

"Más tarde formaron su infantería al centro y parecía que hacían converger allí todos sus fuegos. Esperamos sin disparar un tiro, pero se detuvieron.

"Todo quedó tranquilo a excepción de las guerrillas que continuaban en los dos costados, pero sin audacia por parte de los blancos.

"A eso de las 5 hicimos unos disparos de cañón y los obligamos a retirarse. En la noche Coronado hizo correr una guardia que había quedado en la población desde donde le hicieron fuego. Se corrió y se durmió homeopáticamente.

"Hoy por la mañana los blancos empezaron a moverse hacia la izquierda y desprendieron 1.000 hombres hacia el puerto del Inglés desde donde hacían señales los vapores.

"El resto de las fuerzas quedó repartido a nuestros frentes.

"El enemigo no ha presentado muchas fuerzas; los que más le calculan no llegan hasta el número de 3.500.

"Sin embargo, decididos los Generales a no arriesgar batalla sin recibir refuerzos, hemos permanecido quietos y esta noche aprovecharemos el debilitamiento de la línea enemiga para atropellar y dirigirnos a Montevideo.

"Creo que no pueden hacernos nada y que la operación será feliz.

"Ha llegado Manduca Carabajal con 80 hombres.

"Lo saluda su amigo.

N. N.".

"Solís Chico, Diciembre 23.

"Abro esta carta después de haber realizado con toda felicidad la operación que le anunciaba.

"En toda la noche y al toque de retreta, el ejército se puso en movimiento orillando la Sierra por nuestro costado derecho, mientras el valiente Coronado escopeteaba al enemigo por la izquierda, llegando hasta la población en que se guarecía, y el Coronel Giménez avanzaba por un extremo del centro arrollando y dispersando a la caballería enemiga.

"Ellos se han escopeteado como una hora, nosotros no hemos encontrado resistencia alguna; en ninguna fuerza hemos tenido pérdidas; las caballadas, carros y cañones pasaron fácilmente. El enemigo debe haber sufrido mucho, y ha sido bastante estúpido para no comprender nuestros movimientos, pues según todos los partes, se ha quedado inmóvil en su campo.

"Son las siete y acabamos de llegar a Solís Chico, a medio día estaremos en Pando.

"Nuestras pérdidas en todos estos días, entre muertos y heridos no alcanzan a 20 hombres; ignoramos las del enemigo, pero las reputamos mucho mayores.

"El objeto ostensible de nuestra retirada es venir a buscar por vía de la Capital los elementos de guerra que no pudimos recibir por mar, a más de que el enemigo con sus escaramuzas pampas, hacía imposible la batalla".

Vale.

SEGUNDA PARTE

"Costa de Solís Chico, Dcbre. 23 de 1870 (6 de la mañana).

"Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, Coronel D. Trifón Ordóñez.

"Sr. Ministro:

"Después de haber durante dos días permanecido con nuestra línea tendida, sin que el enemigo se atreviera a llevarnos el ataque o aceptase la batalla, fuera del sistema de escaramuzas pampas a que se presta la organización de su ejército, resolví aproximarme a la capital para recibir todos los elementos de guerra necesarios para una eficaz persecución.

"Entrada la noche marché sobre la línea enemiga arrollándola por todos lados y abriéndome paso sin haber perdido un solo hombre, ni extraviado una sola caballada. El enemigo ha sufrido mucha dispersión; debe haber tenido grandes pérdidas, a punto de que lo juzgo impotente para ponerse inmediatamente en marcha.

"Dentro de breves momentos continúo con dirección a Pando.

"Creo que con un pequeño refuerzo de la capital, el ejército puede ponerse en estado de perseguir al enemigo a pesar de los medios de movilidad que aún le quedan.

"Dios guarde a V.E. muchos años.

José G. Suárez".

Así llegó el 25 de diciembre. Desde la tarde anterior ambos ejércitos se habían acercado y todo hacía prever que de un momento a otro, tendría lugar una batalla sangrienta y decisiva.

Las noticias de los movimientos efectuados por las tropas en armas, a corta distancia de la capital, se propagaban rápidamente y tenían en zozobra a los amigos de uno y otro bando, cuya suerte se iba a resolver en el combate que parecía inevitable.

Sería muy difícil dar cuenta exacta de la agitación que dominaba los ánimos, ni del aspecto animado que presentaban las calles de Montevideo, llenas de gente que se comunicaban las últimas noticias llegadas, que las comentaban y hacían cálculos acerca de las probabilidades favorables para presagiar el triunfo de gubernistas o revolucionarios.

Al toque de diana, los dos ejércitos se aprestaron para la lucha.

El General Suárez abandonó el campamento de la noche anterior, de la falda del Cerrito en la quinta del Sr. D. Emilio Berro, y a las 6 de la mañana se adelantó hacia los revolucionarios.

El ejército de Aparicio, a la misma hora, se aproximaba a Toledo, llegando a la chacra de los señores Quilez.

Las descubiertas revolucionarias compuestas de los tres escuadrones que la noche anterior habían hecho el servicio de avanzadas, mandadas respectivamente por los Coroneles Pintos Baes y Guillermo García y por el Comandante D. Gervasio Burgueño, empeñáronse desde la venida del día en fuertes guerrillas con las avanzadas y descubiertas de Suárez, que encontraron de este lado del arroyo de Toledo, sobre las caídas del Miguelete.

Como a las 7 de mañana avistáronse de las líneas de guerrillas, que se habían mantenido firmes por ambas partes, los ejércitos que avanzaban.

De los dos puntos enviaron protección a sus guerrillas, ordenando Suárez a las suyas que trataran de avanzar y Aparicio a las de él que se sostuvieran en su sitio, mientras que el ejército revolucionario evolucionaba en el sentido de emprender la retirada, cuya orden fue cumplida al pie de la letra por sus guerrillas, no obstante su desproporción con las enemigas y el fuego horrible que éstas les hacían.

Expliquemos por qué el General Aparicio avanzó hasta Toledo y por qué, inmediatamente de haber llegado a aquel punto, retrocedía emprendiendo una retirada violenta. Se propuso de esa manera sacar al enemigo de las posiciones que ocupaba y llevarlo un poco más afuera, hasta las inmediaciones de San Ramón o el Tala, donde los campos son llanos y firmes, adecuados para que puedan maniobrar sin tropiezo las caballerías que constituían y compusieron siempre la principal fuerza de la revolución.

Así, con enormes dificultades, se emprendió la contramarcha, entre estrechos callejones de alambrados en unos puntos y por entre campos de labranza en otros. Como era inevitable, se producía a cada momento la mayor confusión entre las caballerías, infantería, artillería y el parque, con su numerosa cantidad de carros, carretas y carruajes, que se empantanaban a cada paso, y obstruían el paso a las grandes masas de infantes y caballos que se atropellaban y confundían para poder continuar.

En esa situación el ejército de Suárez seguía avanzando sin cesar, arrollando a su paso el débil obstáculo que ofrecían las guerrillas que venían batiéndose en retirada.

A pesar de todo, tanto el General Aparicio como los otros jefes de la revolución, comprendían la necesidad de continuar el movimiento de retroceso emprendido, pues aunque llegaban hasta las inmediaciones del Sauce, no mejoraba el terreno, compuesto de campos arados y de grandes sementeras.

El General D. Lucas Moreno, según el testimonio de personas que están bien al corriente de aquellos sucesos, fue el único responsable de que se diera la batalla en aquellos pésimos campos; siendo injustos por consiguiente, y más que injustos gratuitos, los cargos que se le han hecho y se le hacen todavía al General Aparicio por aquel hecho desgraciado, que fue el primero de los desastres que desde ese día habían de sufrir los revolucionarios del 70.

El General Moreno, creyendo seguramente que lo mismo allí que en cualquier parte triunfarían del enemigo, dado el entusiasmo del ejército y los triunfos que hasta ese día se habían obtenido, o creyendo quizás que Suárez no avanzaría del Sauce por creerse impotente para luchar con los revolucionarios en posiciones desven-

tajosas para él, en fin, creyendo lo que creyera, el hecho fue que, aprovechando las distancias en que se encontraban unos Generales de los otros, que marchaban todos al frente de sus columnas, u ordenándoselo así el General Medina, lo que no creemos, envió un chasque al General Aparicio diciéndole que aquel General y él opinaban que debía darse la batalla enseguida, pues se venían destruyendo las caballadas y se exponían a que el enemigo no los siguiera más en aquella precipitada marcha.

Lo único que se le puede acusar al General Aparicio, es haber cedido inmediatamente a aquella insinuación; pero esto tiene su explicación fácil, en el respeto que saben todos tenía aquel caudillo por la caracterizada opinión militar del General Medina.

Serían las ocho, más bien más que menos, cuando los dos ejércitos encontrábanse ya con sus líneas tendidas, una al frente de la otra, y desplegaban fuertes guerrillas de caballería.

Como a las 9 y casi simultáneamente, cambiaron los frentes de las líneas, tomando ambos combatientes las mejores posiciones y volvieron a desplegar numerosas guerrillas, dobles ahora, de caballería e infantería; rompiendo al poco rato por las dos partes el fuego de cañón.

Pero antes de seguir adelante, vamos a decir en el orden que estaban formadas las dos líneas de batalla en el acto de emprender el combate, y las posiciones que respectivamente ocupaban los ejércitos antes y después de cambiar los frentes de sus líneas.

El campo, a no haber mediado la circunstancia, como ya lo hemos dicho, de encontrarse arado y sembrado en su mayor parte, no hubiera sido del todo malo para operar con amplia libertad las caballerías nacionalistas pues a no ser por las ondulaciones naturales del terreno, muy generales en la república, los campos del Sauce son extensos y libres en su totalidad de serranías y bosques, sin grandes cañadas que puedan impedir en absoluto la marcha o carga regular de los caballos.

Pero los inmensos trigales que allí existían, sembrados en terrenos cultivados groseramente, llenos de terrones y matorrales, con zanjeados y cercos por todas partes, eran casi de todo punto, contrarios a las caballerías, cuyos caballos se enterraban unas veces en la tierra suelta o tropezaban a cada paso en aquel terreno cultivado. Sólo los consumados jinetes de nuestro país podían maniobrar con algunas ventajas en aquellos parajes y llevar cargas a todo lo que daban sus corceles. La mejor caballería europea, estamos seguros no hubiera podido casi maniobrar y si conseguía hacerlo, lo habría hecho con grandes dificultades dando cuando más algunas cargas desorganizadas al trote o a un galope moderado.

Esta circunstancia desfavorable para los revolucionarios era, por el contrario, favorabilísima para sus contrarios, cuya superioridad estaba en la infantería y artillería, las cuales podían maniobrar cómodamente en aquellos parajes, y contaba además con aquella desventaja en que aceptaban el combate las tropas de Aparicio.

La verdadera posición de los dos ejércitos antes de cambiar el frente de sus líneas, era la siguiente:

Inmediatamente antes de llegar al arroyo del Sauce, viniendo de Montevideo, hay dos alturas o cuchillas, formadas por las ondulaciones naturales del terreno. Entre el arroyo y la primer cuchilla estaba el ejército revolucionario, y el de Suárez se había colocado enseguida de pasar la segunda altura. La distancia de uno a otro no bajaría de cuarenta cuadras.

Al mover sus líneas para entrar al combate, tomaron esta otra posición: la extrema izquierda de ambos ejércitos hizo un movimiento giratorio, en sentido inverso, hacia los costados, siguiendo

aquellos la evolución hasta colocarse las dos de frente, viniendo a quedar el lado izquierdo anterior de Suárez y el derecho de Aparicio sobre las caídas del arroyo del Sauce y los lados opuestos, siguiendo en línea recta, hacia la ciudad de Montevideo.

Las líneas se hallaban dispuestas en este orden; difiriendo muy poca cosa de lo que ya parecía un sistema establecido desde las primeras batallas.

Empecemos por la que ocupaba el ejército del gobierno, triunfante en el hecho de armas que referimos, cuya línea se había tendido de esta manera, parapetada en el centro por unos zanjones.

El centro, con la artillería al frente, lo componían los batallones "24 de Abril", "1º de G.G.N.N.", "Urbano", "1º de Cazadores", "1er Plantel" y "San José", estando la brigada de infantería bajo las órdenes del coronel Pagola, y el todo a las del General Suárez y el Coronel Reyes. Estas infanterías estaban formadas en cuatro cuadros.

La derecha la componían la caballería de la vanguardia y los batallones "General Pacheco" y "Coronel Sosa", formando estos dos un cuadro rectángulo; y la mandaba el General Borges.

La izquierda, bajo las órdenes del Coronel Coronado, estaba compuesta de su división y de los batallones "Urbano", "Santa Rosa" y "G.G.N.N." del Salto, formando los tres batallones un solo triángulo.

El Coronel Martínez ocupaba la extrema izquierda con la división "Tacuarembó", y de protección de las infanterías, colocadas a retaguardia de los cuadros, o en los claros que estos dejaban, había varios escuadrones de caballería, y a retaguardia de todo estaba el parque y las caballadas.

En la cuchilla por último tomando todo el frente de la línea, encontrábanse las guerrillas dobles de caballería e infantería, de que ya hemos hablado.

Todas estas fuerzas ascendían a cinco mil y pico de hombres y 14 cañones, no pasando quizás de 2.000 la caballería; el resto eran todos infantes.

Veamos ahora la línea de los nacionalistas compuesta también de cinco a seis mil hombres y 12 ó 14 cañones; pero entre los que apenas habría unos ochocientos o novecientos infantes.

Debemos advertir antes de continuar, que el ejército revolucionario en el día de la batalla del Sauce, sin contar los heridos que conducía del sitio de Montevideo, ni los carreros y caballerizos, tenía en sus filas más de ocho mil hombres; pero sucedió que al tender la línea, se desprendieron el parque y las caballadas por orden del General en jefe, para ir a colocarse a la retaguardia del ejército al otro lado del arroyo, y como a una legua de distancia, retirándose también infinidad de gente, quizás más de dos mil, siguiendo la marcha de aquéllas y continuando juntos hasta que terminó la batalla.

El no haber utilizado esta gente desmontándola e improvisando infantes con ellos, lo que hubiera sido sumamente fácil pues había una gran cantidad de fusiles en el parque, es otro de los errores que cometió el General Aparicio ese día, pues es indudable que hubiera sido de gran importancia este contingente para neutralizar en algo siquiera, la gran masa de infantería que tenía su enemigo.

La línea de Aparicio se extendió en este orden:

La infantería y artillería en el centro; a la derecha las caballerías de los Generales Medina y Benítez, compuestas de las divisiones de Mercedes, San José, Colonia, Paysandú, Salto y Tacuarembó; a la izquierda las caballerías del General Aparicio, que las componían la escolta, el Estado Mayor comandado por el General Moreno, y las divisiones de Canelones, Florida y Durazno; y al flanco izquierdo las caballerías del General Muniz, compuestas de las divisiones de

Cerro Largo, Minas y Maldonado.

La artillería era mandada por el General Maza; los batalloncitos de infantería los mandaban respectivamente los Coroneles Arrúe, Amilivia, Guruchaga, Visillac, Estomba, Lallera, Martínez y otros, estando todos bajo las inmediatas órdenes del General Bastarrica; y las divisiones de caballería eran mandadas por los Coroneles Muñoz, Pampillón, Cortés, Salvañach, Uturbey, Rada, Muniz, Mena, Mendoza, Urán, Puentes, Núñez y tantos otros.

Mientras se cambiaban los frentes de las líneas, y aún después de haberse cambiado, el General Aparicio seguido de sus ayudantes y a todo galope, recorrió el ejército de un extremo a otro, dando órdenes a todos los jefes y proclamando a sus huestes, que le respondían entusiasmadas dando vivas estruendosos.

Enseguida de haber recorrido la línea y en vista de que el enemigo no se movía de sus posiciones, determinó llevarle él el ataque con su ejército.

Eran las 11 de la mañana cuando se oyó a su clarín de órdenes que tocaba "Carga General", y "Carga General" repitieron como un eco a derecha e izquierda, todos los clarines de los batallones de infantería y las divisiones de caballería.

E inmediatamente dejáronse oír los entusiastas y armoniosos acordes del Himno Nacional por aquella banda de música que se pasara en el sitio de Montevideo, y se vio poner en marcha a toda la línea a banderas desplegadas.

Al poco rato adelantáronse las caballerías de los costados y emprendiendo la marcha al galope lleváronle al enemigo, que esperó firme el ataque, una impetuosa carga por los flancos derecho e izquierdo, y hasta por retaguardia.

Arreció el fuego de cañón: las guerrillas gubernistas fueron completamente deshechas al empuje de las caballerías que atacaban, muriendo unos y dispersándose el resto; y las dos alas de la línea quedaron envueltas completamente y derrotadas, refugiándose parte de ellas en los tres cuadros dobles que enseguida formó el General Suárez con las infanterías, y huyendo la otra parte en distintas direcciones.

Siguiendo la carga las caballerías, atacaron unas a los cuadros, otras tomaban el parque y las restantes seguían la persecución de los dispersos. Los infantes revolucionarios, mientras tanto, llegaban frente a los cuadros enemigos y se desplegaban en cazadores, y la artillería se colocaba en un sitio conveniente.

El combate entonces se hizo general. Los fuegos de ambas partes eran horribles, espantosamente horribles. Pero los gubernistas flaqueaban; sus infanterías estaban algo desorganizadas; un batallón entero quiso entregarse, presentando sus armas vencidas; otro batallón retiróse del campo de batalla; se había quedado casi sin caballerías y sin el parque. En fin, todo inducía a creer que tendría que declararse en derrota momento más o menos tarde.

Pero aquí empezaron a cometerse los errores a que nos hemos antes referido, los que, en nuestra opinión, dieron lugar tanto o más que el mismo hecho de haberse librado el combate en campos arados, a que perdiesen los revolucionarios la batalla del Sauce.

Es verdad que durante la situación que dejamos descrita que duraría probablemente un par de horas, siempre en la misma indecisión, se llevaron bizarras cargas de caballería a los cuadros de infantería de Suárez, mientras los infantes peleaban con denuedo, batiéndose sus jefes a la par de los soldados, y la artillería maniobraba de una manera brillante; pero al mismo tiempo otra parte de las caballerías, inclusive el mismo Aparicio, había salido del campo de batalla persiguiendo los dispersos, habiéndose demorado

más de lo necesario en esa persecución; pues hubo quienes llegaron hasta el circo de Maroñas y otros que se entretuvieron en batirse con una división de caballería que se guareció en unos alambrados.

Esta ausencia de parte de las fuerzas nacionalistas produjo un gran debilitamiento, y no obstante los esfuerzos de los que habían quedado en el campo de batalla, tenía al fin que animar al enemigo, haciéndole reaccionar, y darle como le dió el triunfo en aquella sangrienta pelea.

En los combates, cualquier circunstancia por nimia e insignificante que parezca, puede producir la derrota o el triunfo de un ejército, y esto fue lo que pasó en la batalla del Sauce: después de ser el triunfo de los revolucionarios, lo perdieron por haberse ausentado del campo parte de las fuerzas y por la falta de dirección en los momentos más precisos.

El General Suárez, como decimos, reaccionó y supo aprovechar con éxito las graves faltas cometidas por sus adversarios.

Reanima a sus infanterías; organiza los pocos caballos que le habían quedado; recupera fácilmente el parque, el cual había sido tomado por el mismo General Aparicio y entregado para su custodia al Coronel García, quien mandó desuncir a los bueyes enseguida y hacer campamento; y por último, el batallón que se había querido entregar y al cual nadie le hiciera caso, replegóse a los cuadros volviendo también el otro batallón que se había ausentado antes del campo después de haberse batido breves instantes con el General Aparicio, que tuvo que abandonarlo porque recibió noticias de que el ejército del gobierno había reaccionado y que en esos momentos cargaban sus infantes a la bayoneta, a los infantes revolucionarios muy inferiores a aquéllos como se sabe, en número y en disciplina.

Vuelto al campo de batalla el General Aparicio y penetrado de la gravedad de la situación, trató de hacer los mayores esfuerzos para recuperar el terreno perdido, no creyendo jamás que las cosas hubieran llegado a ese extremo.

Alentó, pues, a sus compañeros, emprendiendo nuevas cargas con las caballerías, donde se peleó hasta a pie dentro de los cuadros; la infantería y la artillería, llegando hasta el heroísmo, se batieron desesperadamente a la bayoneta, uno contra tres; por todos lados se prodigaban el valor y los actos heroicos. Pero ya fue todo inútil; era tarde: se había desperdiciado el momento oportuno y las ventajas obtenidas al principiar la acción y todos los sacrificios, se estrellaban contra el muro de las bayonetas de los soldados gubernistas.

En vista de la inutilidad de estos esfuerzos, prolongar más la batalla no hubiera dado otro resultado que mayor número de víctimas. Y para hacer aún más crítica la situación, es al fin derrotada por completo la infantería revolucionaria, después de haber quedado casi deshecha, y huyen las protecciones de caballería que habían estado sufriendo hasta ese momento el fuego, produciéndose además cierta confusión en el resto de las fuerzas.

Inmediatamente el General Aparicio, y antes que se produjera el desbande completo del ejército, trató de retirarse abandonándole al enemigo el campo de batalla y así lo efectuó a eso de las 3 de la tarde en el mayor orden posible, siendo apenas perseguido como una legua, y eso mismo débilmente, pues se concretó la persecución a unas simples guerrillas que venían escopeteándose con la retaguardia; cesando ésta en momentos, que, con un día hermosísimo, descargó de pronto un aguacero inesperado. Qué desengaño más horrible! cuántas ilusiones perdidas ese día! Puede decirse que fue la primer derrota de la revolución y esto después de haber tenido casi por seguro el triunfo pocos días antes cuando sitiaron a Montevideo y durante el mismo combate.

Suárez se había quedado completamente sin caballerías; sus infantes, no obstante el triunfo, estaban fatigados y bastante desorganizados; sus pérdidas materiales habían sido mayores que las de los revolucionarios y, finalmente, sabemos que se le habían agotado casi por completo las municiones. En esta situación, si las caballerías de Aparicio lo empiezan a hostilizar, no hubieran tenido más remedio que retirarse, salvo que quisiera capitular o que pretendiese pelear con las caballerías sin otra arma que la bayoneta, lo que a más de ser un disparate, no habría hecho más que facilitar su derrota.

En la batalla del Sauce el ejército del gobierno tomó una infinidad de prisioneros a los revolucionarios, inclusive muchísimos heridos que no se pudieron levantar del campo en la retirada precipitada que éstos hicieron. De todos ellos, sólo se salvaron dos, D. Federico Castellanos, por empeños especialísimos de D. Enrique Pereda, ayudante del General Suárez y el Comandante Silva, por interposición del Coronel Latorre: los demás todos fueron degollados o lanceados por orden de Suárez, después de haber mandado que se pasara una caballada por encima de los heridos y después de haberle manifestado al gobierno en su primer parte que tenía aquellos prisioneros en su poder. Debido a esta masacre sin ejemplo, y por haberse permitido hacerle algunas observaciones al General Suárez, fue que el ilustrado Dr. D. Carlos María Ramírez, Secretario de dicho General, se retiró a Montevideo y escribió *La Bandera Radical,* donde anatematizó aquellos crímenes y le puso al General Suárez el célebre apodo de Goyo Sangre.

Contando estos asesinatos, pues, que no fueron pocos, deben haber muerto en la batalla del Sauce más de 700 hombres por ambas partes, siendo mayor el número de los muertos de la gente del gobierno. Sin embargo, al día siguiente aparecían menos en el campo de batalla, debido a que el General Suárez les hacía poner a sus muertos, divisas blancas, llegando también su cinismo hasta ponerles divisas coloradas a los heridos y prisioneros degollados para que el público que visitaba el campo supusiera que lo habían sido por los revolucionarios. Heridos en los dos ejércitos, inclusive los degollados debe haber otro tanto, o quizás más que los muertos; pues además de haber quedado el campo cubierto de los heridos de la revolución y del gobierno, el inmenso parque revolucionario era pequeño para albergar a todos los que se pudieron llevar.

Todos los demás incidentes acaecidos durante o después de la batalla, a excepción de los episodios que narramos en el capítulo *Fragmentos,* y dejando a la penetración del lector que salve las exageraciones en que incurren unos y otros en la apreciación de los sucesos, pueden leerse en los siguientes partes del General Suárez, cartas particulares y noticias de los diarios gubernistas, una reseña del periódico *La Revolución* y una carta del Sr. D. Eduardo Acevedo, todo lo que trascribimos para terminar este capítulo y a fin de ilustrar estos acontecimientos como lo hemos hecho en toda la obra, y de probar nuestra imparcialidad.

PARTE PRIMERO

"*El General en Jefe del ejército en campaña.*

"Capilla del Sauce, Diciembre 25 de 1870.

"*Exmo. Sr. Ministro de Guerra y Marina, Coronel D. Trifón Ordoñez.*

"Sr. Ministro: Tengo la cumplida satisfacción de comunicar a V.E. el triunfo por completo alcanzado sobre el enemigo en el día de hoy.

"El enemigo, fuerte de 5000 y más hombres, fue obligado a batirse en campo igual a las 11 y 1/2 de la mañana, y después de una

obstinada lucha que duró 4 1/2 horas, se pronunció en completa derrota, dejando en poder de nuestros bravos soldados, 4 piezas de artillería, algunos prisioneros, la banda de música de uno de los cuerpos, parte de su parque, banderas y armamento, este último diseminado por espacio de 2 leguas en que fueron perseguidos, teniendo que hacer alto en este punto por la fatiga de los infantes.

"Oportunamente pasaré a V. E. el parte detallado de esta brillante jornada, que asegura para el país el imperio de las instituciones de que ha sido y continuará siendo el celoso guardián el gran partido Colorado.

"El ejército a mis órdenes, sin excepción alguna, ha cumplido brillante con su deber.

"Con miles de felicitaciones que se servirá trasmitir al Excmo. Gobierno, reitero a V. E. las seguridades de mi aprecio.

"Dios guarde a V. E. muchos años.

José G. Suárez"

PARTE SEGUNDO

"El General en Jefe del Ejército Nacional en campaña.

"Campo de batalla en la Capilla del Sauce, Diciembre 25 de 1870.

"Al Excmo. Sr. Ministro de Guerra y Marina, Coronel D. Trifón Ordóñez.

"Señor Ministro: Tengo el honor de elevar a V. E. el parte detallado de la batalla, la cual ha acabado con los devastadores de nuestra querida patria.

"A las 6 de la mañana ordené marchase el ejército sobre el enemigo, el que se avistó a pocos momentos, efectuando una retirada que tenía por objeto obtener úna posición favorable para sus caballerías.

"Como a las 8 estaban frente a frente las líneas, con un intervalo de 35 cuadras; inmediatamente mandé desplegar fuertes guerrillas de caballería para repeler las que el enemigo nos había desplegado.

"En esta actitud permanecí hasta las 9, hora en que mandé marchase el ejército en columnas paralelas, en dirección al costado derecho del enemigo, operación que tenía por objeto el tomar una posición ventajosa.

"Inmediatamente después de cambiar el frente de nuestra línea, el enemigo efectuó también el cambio de la suya, desplegándonos guerrillas dobles de infantería y caballería, ordenando se hiciese otro tanto por nuestra parte.

"Acto contínuo ordené rompiese el fuego la artillería, al que casi simultáneamente contestó el enemigo con varios disparos de la misma arma.

"Nuestro centro se componía de los batallones «24 de Abril», «Urbano», «Artillería», «1º de Guardias Nacionales», «1er. Plantel», «1º de Cazadores» y «San José», estando la brigada de infantería bajo las órdenes del Coronel Pagola y el todo bajo las órdenes del infrascripto y las del Jefe del Estado Mayor, Coronel D. José A. Reyes.

"Componía la derecha de nuestra línea la caballería de la vanguardia y los batallones «General Pacheco» y «Coronel Sosa», bajo las órdenes del General D. Nicasio Borges.

"La izquierda se componía de los batallones «Urbano» (del Comandante Fonda), «Santa Rosa» y «Guardias Nacionales» del Salto, bajo las órdenes del Coronel D. Hipólito Coronado.

"El Coronel D. Simón Martínez ocupaba la extrema izquierda con la división «Tacuarembó».

"El enemigo inmediatamente nos trajo el ataque sobre nuestra línea cargando especialmente los costados izquierdo y derecho con grandes masas de caballerías.

"A consecuencia de lo rápido e impetuoso de estas cargas, nuestras caballerías tuvieron que replegarse detrás de nuestros batallones, los que acto contínuo rompieron el fuego, doblando al enemigo, que se puso en retirada a trote y galope.

"En el mismo instante el enemigo rompió un vivísimo fuego de infantería, continuando el de cañón.
"Duró el fuego de ambas líneas por espacio de una hora hasta que ordené a los batallones «24 de Abril», «1º de Cazadores», «Urbano» y «1er. Plantel», cargasen a la bayoneta, yendo a su frente los Coroneles Pagola y Reyes, huyendo entonces el enemigo en tránsito de más de 30 cuadras siendo tomados 5 cañones y dispersando casi en su totalidad a la infantería, que tiraba en su tránsito sus fusiles y cananas.
"Rehecha nuestra caballería ordené cargase a la del enemigo, aprovechando la vuelta cara de éstos, a consecuencia de los vivos fuegos de fusilería y artillería.
"Aquí empezó la derrota del enemigo.
"La dispersión entonces fue general, ordenando que todo el ejército persiguiera al enemigo, lo que verificó por espacio de legua y media, siguiendo la persecución por un punto el General Borges y por otro el Coronel Coronado, cada uno con sus respectivas fuerzas, hasta una distancia de dos leguas y media.
"En estos momentos me vino el parte de la toma de otro cañón por la escolta al mando del Comandante Courtin.
"El resultado ha sido completo.
"Tenemos sensibles pérdidas que lamentar.
"La batalla terminó a las 3 de la tarde.
"Nuestras pérdidas son de muertos, un jefe, 61 oficiales y 116 individuos de tropa y heridos 8 jefes, 32 oficiales y 214 individuos de tropa.
"El enemigo ha sufrido pérdidas enormes, pudiendo calcularse en 800 entre muertos y heridos, encontrándose varios jefes superiores, entre ellos dos jefes de alta graduación.
"Se le han tomado al enemigo 6 cañones, 7 carros de municiones, 500 fusiles, 18 carretas, 3 carruajes, 3 banderas y una banda de música.
"Este ha sido, Exmo. señor, el resultado brillante de la batalla del Sauce.
"No hago a V. E. referencias especiales del comportamiento de los señores jefes y oficiales, por haber éstos rivalizado en bravura y decisión.
"Felicito a V. E. por el triunfo completo obtenido sobre el enemigo y tengo la convicción de que la batalla del Sauce cimentará la paz que debemos anhelar todos los buenos hijos de nuestra querida patria.
"Dios guarde a V. E. muchos años.

José G. Suárez".

CARTA

"Campo de batalla en el Sauce, Diciembre 25 de 1870.

"Querido Tavolara:

"Un fuerte abrazo de felicitación por la brillante victoria obtenida hoy por nuestro ejército sobre el de los blancos, después de un reñido combate de 4 horas y media.
"La batalla estuvo indecisa en los primeros momentos, pues el enemigo fuerte de 5000 hombres, nos trajo un violento ataque de caballería por los costados, flanqueándonos por derecha e izquierda y hasta por la retaguardia, logrando envolver nuestras alas.
"La infantería blanca cargó al centro, pero nuestros batallones que se vieron obligados a formar cuadro por un corto tiempo, rompieron en batalla en una voz, y se lanzaron con violencia sobre la infantería enemiga, cargándola a la bayoneta y llevándola por delante en dispersión completa.
"Rehechas las caballerías la batalla se restableció con ventajas por nuestra parte y con bastante encarnizamiento por ambos lados, pues el enemigo nos disputó el campo por más de 4 horas, al cabo de las cuales se pronunció en completa derrota.
"Los muertos del enemigo alcanzan a 500.
"El campo está sembrado de cadáveres.

"Una bandera, 4 cañones, más de 500 fusiles, y un gran número de carretas y carruajes son los trofeos de esta espléndida victoria.

"Nuestras pérdidas alcanzaron a 200 hombres.

"Todavía no se conocen los jefes y oficiales que hemos perdido, pero son pocos.

"Heridos están los mayores Soto, Rodríguez, Clark y Guerra.

"Hasta esta hora no conocemos otros.

"Trasmita estas buenas noticias a los amigos, y felicitémosnos todos por tan fausto día.

"Un abrazo de su amigo.

Enrique

"P. D. — Pagola, Vázquez, Latorre, Fonda, Patiño, Courtin, Elis, Gomensoro, Pereda, Santos, Ramírez y todos los amigos salieron ilesos.

"Todos se batieron como bravos y merecieron bien de la patria. - *Vale*".

BOLETIN DE "EL SIGLO"

Gran victoria

"Se reciben a cada momento nuevos detalles de la batalla del Sauce.

"Desde la sierra acá, los blancos recibieron más de 1500 hombres de incorporación, venidos según se dice de los departamentos del Durazno, Mercedes, Colonia, Florida y Cerro Largo.

"Así se explica que presentara el enemigo 5000 hombres y más, cuando en las jornadas de la Sierra no alcanzó a presentar 3500.

"Con esa masa considerable de caballería, el enemigo ha podido seguir su misma táctica, tratando de flanquear y tomar por retaguardia a nuestro poderoso ejército.

"Envueltas nuestras alas, la victoria estaba indecisa y más que indecisa durante un par de horas.

"Nuestros bagajes fueron dos veces tomados por el enemigo, y dos veces retomados por nuestras fuerzas.

"En medio de esa confusión producida por las valientes cargas del enemigo, nuestra numerosa infantería formó un cuadro inexpugnable, donde se rehicieron nuestras caballerías para decidir completamente la victoria.

"Fue entonces que nuestra infantería se lanzó a la bayoneta sobre el centro y ultimó a la infantería enemiga que resistió tenazmente.

"La sangre ha corrido de una manera lamentable, aunque en lucha leal y como terrible necesidad de la defensa.

"Rehecha nuestra caballería y victoriosa nuestra infantería, se pronunció la derrota en las filas enemigas, teniendo que abandonar sus cañones y bagajes, a la vez que ir tirando sus armas y sus divisas para escapar a la tenaz persecución que les hacían los nuestros.

"La dispersión ha sido completa.

"Muniz que cargó tres veces a nuestra infantería, sufriendo una inmensa mortandad en sus heroicas filas, salió del campo con su división deshecha y dispersa en todas direcciones.

"La gente de Aparicio se retiró en la más absoluta desmoralización, desbandándose en grupos de 20 y 30 hombres.

"Coronado que, según se nos afirma, fue aclamado General en el campo de batalla, iba encargado de continuar la persecución y de ultimar a la rebelión vencida.

"También nos aseguran que Vázquez y Latorre fueron aclamados Coroneles por nuestra gente entusiasmada.

"La jornada ha sido sangrienta y al lamentar con verdadero dolor tanta desgracia como viene a cubrir de luto a las familias orientales, sólo nos resta hacer votos, porque estos sacrificios sirvan a restablecer inmediatamente el imperio de la paz y de las instituciones.

"La reacción blanca no puede prolongar la guerra, sino haciendo montonera desastrosa para el país y desastrosa para ella misma.

"Sepan nuestros enemigos acatar la ley de los sucesos militares y

deponer las armas sin causar nuevas ruinas y mayores desastres a la patria.

"Sepan nuestros hombres públicos y nuestros jefes de campaña observar una conducta generosa y magnánima que facilite ese desenlace anhelado hace mucho tiempo por el país entero.

"Termine ya la guerra, y contraigámonos a cerrar las dolorosas heridas de la patria.

"Viva el ejército de campaña!

"Vivan las instituciones!

"Viva la República!".

DE "LA TRIBUNA", "EL SIGLO" Y "EL FERROCARRIL"

Diciembre 26.

"Un número considerable de coches y carretillas se ocupan en transportar heridos.

"El Comandante Llanes fue el portador del parte oficial.

"Hoy partirá el Coquimbo para llevar al Litoral el parte de la batalla.

"Refiérese que 100 infantes enemigos se parapetaron en la capilla de doña Ana, cuya posición fue tomada a la bayoneta por el 24 de Abril.

"En la primera carga, el enemigo se apoderó de una parte de nuestros bagajes, la cual fue rescatada instantáneamente por el 1º de Cazadores que atacó a la bayoneta.

"Los carretilleros abandonaron los vehículos, cortando los tiros y poniéndose en fuga.

"El Ayudante Bardas del 1º de Cazadores fue cortado pero logró escapar y se halla aquí sin novedad.

"Fue tomado el carretón de Moreno, cuyo jefe, se dice, que huía en un armón".

Diciembre 27.

"Los Dres. Auluccine y Piquet han asistido a Julio Arrúe, que estaba herido en la cabeza.

"El General Suárez ha movido su campamento, dos leguas y media más allá del Sauce.

"El General Borges y el Coronel Coronado, marcharon en persecución de los blancos, con 1.500 hombres. Llevan rumbo a Santa Lucía afuera.

"Ayer se tomó otro cañón al enemigo y doce carretas; todo oculto en un monte.

"Entre nuestros heridos, contamos también a los Capitanes Beltrán y Guillot.

"Cayó prisionero en poder del Comandante D. Simón Martínez, el joven Federico Castellanos.

"La volanta del Dr. Bond está en poder de un jefe nuestro.

"La batalla tuvo lugar en un campo arado y lleno de trigales, entre los cuales hay gran número de cadáveres.

"Todas las versiones están contestes en que el enemigo presentó más de 5.000 hombres.

"Murió el bravo Capitán Bacedo de nuestra caballería.

"El Teniente del Urbano, D. León Vidart está levemente herido en un pie.

"Dicen que Medina, que mandaba la derecha, recibió dos balazos.

"El 24 de Abril tuvo 37 bajas, el 1º de Cazadores 35, y el Urbano 33.

"La escolta del General Suárez ha sufrido mucho.

"El enemigo presentó 1.000 infantes, los cuales fueron deshechos fácilmente a la bayoneta.

"Ha peleado valientemente la infantería que tenía nuestro ejército antes de la incorporación.
"La artillería enemiga estaba bien servida. La primera bala mató dos soldados del 24 de Abril.
"Está herido el Ayudante del Coronel Reyes, D. Zacarías Maidana.
"El batallón Urbano tuvo 4 oficiales heridos.
"Miranda, con tres contusiones de bala.
"Vidart con un balazo en un tobillo.
"Dos agregados, con heridas de bastante gravedad.
"El batallón enemigo de Arrue de 25 jefes y oficiales que tenía, han sido muertos o heridos 21, inclusive él.
"Muniz cargó tres veces la infantería, sufriendo mucha mortandad en sus filas.
"Varios jefes de los blancos que iban heridos en el parque tomaron participación en el combate.
"Cuéntanse entre ellos Bastarrica, Egaña y Visillac.
"Los carretilleros que de aquí habían seguido con nuestro ejército, también han tenido que lamentar algunas desgracias.
"Dos de ellos fueron muertos en el entrevero que se produjo durante la lid, por tomar unos las carretillas y otros defenderlas.
"Entendemos que hay además dos heridos.
"Se dice que Angel Muniz lleva tres lanzazos.
"Ayer le fueron entregados al Coronel Llanes sus despachos.
"Al Comandante Vázquez le fueron entregados por un soldado las precillas de un General arrancadas de un cadáver encontrado en el campo de batalla.
"Don Carlos Susviela, que mandaba parte de la artillería de Aparicio, fue herido en la batalla del Sauce. El Comandante don Jacinto Llupez, también fue herido gravemente; este Llupez es aquel que dijimos la vez pasada tuvo un fuerte altercado con don Agustín de Vedia, cuando el ejército enemigo sitiaba esta ciudad, porque el primero pretendía ponerle el nombre de Oribe a su cantón y el último se oponía y se opuso decididamente.
"Nuestro viejo amigo don Pedro Carve ha perdido un hijo de tres que tenía en servicio en la batalla de anteayer.
"Parece que la escuadra toda se dirigirá al Uruguay.
"El Coronel Ordóñez renunció ayer la cartera de Guerra.
"El Jefe del Detall del enemigo, Antonio Rodríguez (ex-Jefe del batallón 4º de G.G. N.N. y procurador) ha sido reconocido ayer entre los cadáveres que se está dando sepultura en el campo de batalla.
"Este ha sido ayer muy visitado por gente de la Capital".

CARTA DE ACEVEDO

"Durazno, Diciembre 31 de 1870.

"Queridos padres:

"¡Cuántas quejas y reconvenciones nos habrán dirigido Uds. por no haberles escrito para sacarles de la ansiedad en que naturalmente han debido encontrarse! ¡Cuántos sucesos!, ¡cuántas fatigas y sinsabores!, ¡cuánta sangre y cuánto horror!
"La batalla del Sauce no se describe en dos palabras; el clásico heroísmo de esta patria infortunada, patentizado a mi vista, grabado indeleblemente en ese archivo del tiempo que se llama memoria, me ha conmovido profundamente.
"Estoy escribiendo con entusiasmo ese sublime canto de las homéridas; estoy coleccionando todas las impresiones gratas o dolorosas que más de una vez he recogido en ese tránsito súbito y terrible de la Unión al Durazno, para hacer de su cómputo un cariñoso recuerdo del hijo pródigo que retorna con el pensamiento, con los ojos del alma, al hogar de la familia querida.
"¡Oh!, no olvidaré nunca esos campos funestos donde cayeron heroicos y grandes un millar de orientales.

"No olvidaré los sitios donde mi vida pendió veinte veces de un hilo; donde el desventurado Antonio Rodríguez murió como bueno, donde el malogrado Alejandro Lenoble cayó expirante, donde tanta juventud sucumbió brillante de orgullo como un cuadro veterano, proclamando los principios eternos por los que siempre luchó generosa y abnegada; no olvidaré ni aquellos cuadros despedazados cinco veces por la lanza de un caudillo valiente, ni aquella carga a la bayoneta donde nuestras infanterías mostraron arrojo imponderable e impasibilidad sublime. .

"A Antonio lo subí a la grupa de mi caballo cuando el enemigo quemaba nuestra valerosa retaguardia; traía tres balazos en el sombrero y uno en las bombachas, pero nada más.

Su hijo que los ama".

ARTICULO DE "LA REVOLUCION"

La última batalla

"La revolución oriental marcha a pasos agigantados hacia el coronamiento de su obra grandiosa. Sus armas acaban de cubrirse de gloria a las puertas de la Capital, donde se ha librado una nueva batalla, cuyos resultados se manifestarán en breve.

"La lucha ha sido sangrienta. La victoria no ha sido completa. Hemos aniquilado al enemigo, pero hemos tenido que abandonar el campo. El triunfo sin embargo, puede figurar en la serie de las gloriosas jornadas de la revolución.

"Tratemos de dar una ligera idea de la acción.

"El enemigo había extendido su línea de batalla parapetado detrás de zanjas y cercos en tierras aradas y pobladas, donde podían jugar con ventaja su infantería, superior en número pero no en valor a la nuestra.

"El ejército Nacional había extendido su línea enfrente de él y esperaba el ataque. Pero esperaba inútilmente. El enemigo que había huido dos días antes, a favor de la noche, de las sierras de Minas, donde se había atrincherado, debía mostrar una vez más su impotencia y su cobardía, manteniéndose a la defensiva, amparado en las últimas posiciones que podría sostener con alguna ventaja.

"Nuestro ejército estaba impaciente por entrar en acción, impaciente por terminar gloriosamente la obra de la libertad y de redención que injustamente tiene que abonarse con sangre de hermanos, arrastrados al sacrificio por los sayones de la tiranía. El entusiasmo hacía latir todos los corazones, y se manifestaba en estruendosas aclamaciones.

"El General en Jefe, respondiendo a ese sentimiento enérgico del pueblo en armas, quiso probar una vez más que no hay valla que detenga a nuestros retemplados soldados en el espíritu de la libertad. A pesar de todas las ventajas de la posición ocupada por nuestros enemigos resolvió llevarles el ataque, y se lanzó a la carga, el primero en el peligro como de costumbre.

"Esta vez como en Severino, como en Corralito, como en la Unión, el ejército nacional ha dado un elocuente testimonio de su entusiasmo y su valor.

"Nuestras divisiones de caballería han acreditado una vez más su irresistible empuje, sus cargas rápidas, poderosas, han arrollado a los batallones enemigos, rompiendo sus cuadros a lanza y llevando la desmoralización y el espanto a sus filas raleadas ya por los certeros tiros de nuestra infantería y artillería.

"Nuestros batallones de infantería, al mando de distinguidos jefes, han hecho esfuerzos singulares de valor.

"La artillería segundó vigorosamente el ataque, haciendo disparos tan continuados como certeros sobre las filas enemigas.

"El triunfo alcanzado en la jornada del 25, no ha sido completo sin embargo, repetimos. El enemigo amparado en posiciones ventajosas, con el grueso de su infantería, pudo quedar dueño del campo, porque nuestra caballería se distrajo en la persecución de los enemigos fugitivos que se dispersaron en todas direcciones y algunos de los cuales

llegaron hasta Montevideo, esparciendo a su paso el pavor de la derrota entre los suyos.

"La infantería enemiga que se vio obligada a formar cuadros varias veces, quedó diezmada. Su caballería, compuesta de 800 a 1.000 hombres, fue batida y deshecha, no quedando en el campo más de 50 hombres de esa arma.

"El enemigo ha tenido más de 500 hombres fuera de combate. Nuestras bajas no alcanzan a 200 hombres.

"Tenemos que lamentar algunas pérdidas dolorosas.

"El Coronel D. Antonio Rodríguez, los Tenientes Coroneles D. Isidoro Guzmán y D. Isidoro Pérez, han caído al pie de su bandera, cumpliendo noblemente con su deber. Algunos oficiales de mérito, Moreno, Anavitarte, Morosini, Golfarini, Luján, han caído como valientes legando un digno ejemplo a sus compañeros de causa. La historia de la República recogerá sus nombres para inscribirlos en las páginas destinadas a conmemorar los sublimes sacrificios.

"Jefes, oficiales y soldados, todos han cumplido su deber. Pero injustos seríamos si no designáramos particularmente al General Muniz, que supo elevarse a la altura del heroísmo en la jornada del 25. A su lado en los momentos de mayor peligro, vio agruparse a jefes prestigiosos y valientes que lo secundaron poderosamente.

"El Brigadier General don Anacleto Medina parecía rejuvenecido en el combate. Su admirable espíritu, su serenidad y entereza se comunicaba a sus soldados.

"El general D. Inocencio Benítez, se mostró como siempre en el combate, intrépido y sereno.

"El General Egaña, herido en la jornada del 29 de Noviembre, en la Unión, apenas restablecido, montó a caballo el 25 y fue uno de los primeros en el ataque. Herido otra vez, pero levemente, de un lanzazo, fue respetado por las balas que atravesaron su poncho.

"El General don Lesmes Bastarrica, herido también en la Unión, no faltó a la cita de honor, y fue el mismo hombre de todas las batallas anteriores en que su nombre ha conquistado una merecida celebridad.

"Jefes, oficiales y soldados, todos han cumplido con su deber. Muchos nombres se escaparían a nuestra pluma y quisiéramos inscribirlos en esta página que será leída con avidez en toda la República y tendrá a no dudarlo una inmensa circulación. Pero ¿cómo designar unos cuantos hombres en un ejército de valientes, dejando en el olvido a los demás? ¿Y cómo hallar espacio para nombrarlos a todos?

"La batalla del 25, llena de episodios heroicos, es digna de la pluma del historiador, elevada sobre las pasiones que exaltan el ánimo de los combatientes. Perdonen nuestros amigos que no registremos sus nombres; temeríamos ser injustos, acaso tachados de parciales, y preferimos discernir a todos la gloria común de esa jornada heroica.

"La revolución domina hoy todo el territorio de la República y hará sentir en él su acción enérgica y reparadora. Nuestros enemigos, reducidos al arma de infantería, impotentes para la acción fuera de la Capital no tardarán en sentir el poder de nuestros elementos.

"El día de la victoria definitiva no se hará esperar.

"La patria exige nuevos sacrificios. Ningún patriota faltará en esa liga suprema del deber y de la gloria.

"En tanto que llegue ese día, exclamemos con toda la expansión del patriotismo:

"¡Viva la República!

"¡Viva el Ejército Nacional!

"¡Viva el General en Jefe!".

Las "lanzas" del último gran levantamiento gaucho encontraron a los primeros "fusiles remington" y fueron sometidas. La historia de esa revolución fue contada por el dramaturgo Abdón Arózteguy que la vivió como uno de sus heroicos actores y que aquí narra la batalla del Sauce, con pasión y con divisa.

ENCICLOPEDIA 19 URUGUAYA

Copyright Editorial ARCA S. R. L., Colonia 1263, Montevideo.
Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición amparada en el Art. 79 de la ley Nº 13.349. (Comisión del Papel). Octubre de 1968.